



El “modelo PRP” hacia una nueva teoría marxista de la historia

Acerca de *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias* de A. Petruccelli*

Federico Mare

Los pensamientos más altos no son los más complicados.
Las complicaciones residen en el proceso que han
debido atravesar para aparecerse nítidos

R. González Pacheco, **Carteles**

Allá por el año 1972, en París, durante una entrevista que le hiciera Shigehiko Hasumi para la revista japonesa *Umi*, Michel Foucault declaró:

Tengo que decir que estoy especialmente molesto por cómo una serie de marxistas europeos practican el análisis histórico, y también me molesta su modo de referirse a Marx. [...] El primer reproche [...] que planteo a estos marxistas que denomino “blandos”, es la desconfianza que tienen respecto al materialismo histórico, a la realidad histórica con la que se enfrentan, y su respeto infinito por los textos, algo que los encadena necesariamente a la tradición académica del comentario de textos [...]. Mi segundo reproche está ligado al primero, y se refiere a la historia, Me parece que también en esto un grupo de marxistas [...] están de tal forma aprisionados por el canon, prendidos en las reglas que han creído extraer de los textos de Marx, que no son capaces de realizar un análisis histórico efectivo [...]. En esto consiste por tanto el reproche de pereza, el reproche de academicismo, el reproche de falta de inventiva que yo critico en todos aquellos a los que denomino marxistas “blandos”. [...] Han clausurado el uso que se puede hacer de Marx y lo han encorsetado en el interior de una tradición puramente académica. Esto, por otra parte, es algo interesante, pues ellos mismos se encuentran pillados en el interior de una extraña contradicción. Y así [...] dicen: el marxismo es una ciencia [...]. Un discurso científico se caracteriza, al menos actualmente, por un determinado número de rasgos y, entre ellos, por los siguientes: toda la ciencia tiene un fundador, pero el desarrollo histórico de esta ciencia no es nunca, ni puede ser, el puro y simple comentario de texto de ese autor [...]. Los marxistas, algunos marxistas que consideran al marxismo como una ciencia, deben saber, en nombre de esa ciencia y a partir de ella, en qué se equivocó Marx. Cuando un marxista me dice que el marxismo es una ciencia yo le respondo: creeré que usted practica el marxismo como una ciencia el día en que me muestre, en nombre de esa ciencia, en qué se equivocó Marx¹

Esta severa crítica que el pensador francés le hiciera al talante “escolástico” del marxismo estructuralista, bien podría ser redirigida a un segmento considerable del marxismo argentino, aunque éste mayormente no comulgue con las ideas de Althusser y Balibar. Pero de algo estoy completamente seguro: el autor del libro que aquí reseño no es merecedor de tal reproche. Ya en su ópera prima —crítica demoledora al determinismo tecnológico de Gerald Cohen a la vez que reafirmación rotunda del materialismo histórico, basadas ambas en una relectura sagaz y minuciosa de Marx— afirmaba sin tapujos:

Debemos advertir [...] que si nuestra demostración no resultase posible o convincente seríamos partidarios de un alejamiento de Marx, hacia posturas menos lineales y que den mayor cabida a los sujetos y a las luchas sociales y/o de clases. Pero pensamos que no es necesario dar este paso, porque el Marx de Cohen no es un Marx auténtico, o no es, al menos, el Marx de los últimos años y el de los escritos más minuciosos y elaborados.²

Un marxista argentino aceptando la *falsabilidad* del materialismo histórico es, ciertamente, un “detalle” que no se debe pasar por alto. Desde luego, cabe la posibilidad de que dicha aseveración sea retórica hueca y que se tenga decidido de antemano, por razones extracientíficas, no alejarse de Marx por nada en el mundo. Pero no es el caso. Puedo asegurar que nuestro autor —parafraseando a Foucault— practica el marxismo como ciencia en tanto y en cuanto ha mostrado o intentado mostrar, sin medias tintas y en no pocas ocasiones, *en qué se equivocó Marx*. Una valiente opción que, sin dudas, está en las antípodas de la exégesis esclerosada del *magister dixit* tan en boga.

* * *

Ariel Petruccelli es uno de los intelectuales marxistas más lúcidos y renovadores de la Argentina contemporánea. Su heterodoxo pensamiento, fruto de una síntesis teórica muy original —

* Ariel Petruccelli, *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

¹ Michel Foucault, *Estrategias de poder. Obras esenciales, volumen II*, Barcelona, Paidós, 1994 (1999), pp. 146-149.

² Ariel Petruccelli, *Ensayo sobre la teoría marxista de la historia*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1998, p. 21. Para una reseña de esta obra, que fue prologada por Carlos Astarita, ver Hernán Camarero, “Una revalorización crítica del materialismo histórico frente al determinismo tecnológico. Acerca del libro de Ariel Petruccelli”, en: *Herramienta*, n° 9. Buenos Aires, marzo de 1999.

y nada frecuente por estas tierras— entre la *episteme* del marxismo analítico y la *doxa* del marxismo libertario, entre el rigor científico (lógico y empírico) del llamado *September Group* y la utopía revolucionaria del socialismo antiautoritario,³ se destaca, sobre todo, por su espíritu crítico y su vocación polémica.

Nació en Lanús, Gran Buenos Aires, en el año 1971, pero desde muy joven vive en la ciudad de Neuquén. En 1997 egresó, con el título de profesor de Historia, de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue, institución académica donde dicta actualmente la cátedra paralela de Teoría de la Historia. Como docente, se desempeña también en los niveles medio y terciario. Ha publicado, amén de numerosos artículos, cuatro libros: el ya referido **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia, Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral-Có** (Buenos Aires, El Cielo por Asalto/El Fracaso, 2005), la obra que aquí reseño y, en conjunción con esta última —al escribirlas, el autor las concibió como partes de un mismo todo—, **El marxismo en la encrucijada** (Buenos Aires, Prometeo, 2010)⁴. Integra el colectivo El Fracaso —editor de **La Poronguita** y **El Cascotazo**— y también la revista **Nuevo Topo**. Asimismo, en el campo de la militancia, participa del sindicalismo docente de su provincia e integra la Comisión de Formación Permanente de ATEN (Capital).

Ha incursionado en campos tan variados como la epistemología de las ciencias sociales, la teoría de la historia, los debates de la izquierda anticapitalista, la coyuntura política nacional y mundial, los movimientos sociales, la divulgación histórica, el sindicalismo docente, la historia regional (neuquina) y la praxis contracultural, destacándose sobre todo en los tres primeros, donde ha realizado valiosos aportes; aportes que, por razones de espacio, aquí sólo puedo abordar muy parcialmente. Baste con señalar que el pensamiento de Petruccielli constituye un excelente ejemplo de la vitalidad del marxismo en los albores de este agitado siglo XXI. Una vitalidad que deja al desnudo —al menos en el campo de las ideas— la falsedad y fatuidad del discurso posmoderno y la tesis fukuyamiana del *end of history*.

³ Si he afirmado que dicha síntesis es “nada frecuente por estas tierras” es porque, lamentablemente, ni el marxismo libertario (Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek, Otto Rühle, Paul Mattick, Andreu Nin, etc.), ni el marxismo analítico (Gerald Cohen, John Roemer, Jon Elster, Erik Olin Wright, Philippe van Parijs y otros), gozan de un gran predicamento en Argentina, sobre todo el segundo, que es muy poco conocido, incluso en el seno de la propia intelectualidad marxista. Desde luego, hay salvedades destacables, como —entre otras— las de Fernando Lizárraga y Eduardo Sartelli.

⁴ Para una visión panorámica de **El marxismo en la encrucijada**, no por ello exenta de profundidad analítica, ver la reseña de Nicolás Torre Giménez, “El materialismo histórico y las críticas posmodernas”, en: **Herramienta web**, n° 11, sep. de 2012. Dado que, para el propio Petruccielli, **El marxismo...** es la prolongación y culminación de **Materialismo...**, y que, de hecho, bien podrían haber sido editados como volúmenes de una misma obra, se recomienda la lectura complementaria de ambas reseñas. En **El marxismo...**, el autor lleva a cabo, capítulo tras capítulo, una puesta al día del materialismo histórico de cara a los principales desafíos teóricos de la contemporaneidad: la sociología histórica de autores como Giddens y Mann, el posmarxismo, el “sistemismo” de Bunge, el posmodernismo y el giro lingüístico.

Materialismo histórico. El rótulo parece categórico y unívoco, tan diáfano en su significado que no podría entrañar mayores dificultades de conceptualización ni divergencias teóricas de importancia. Sin embargo —se sabe— no es así. A primera vista, el materialismo histórico sería simplemente, en sintonía con su nombre, un paradigma que tiene como axiomas la *historicidad* de la vida social y la *materialidad* de los factores que, en primera o última instancia, la determinan. Pero no bien se empieza a hilar más fino y se plantea de lleno la cuestión de cómo se debe entender en concreto esa historicidad y esa materialidad, se descubre cuán problemático y controvertido es el concepto.

Para algunos marxistas, la historia es esencialmente teleológica, finalista; un curso evolutivo universal y unilineal, rígidamente ordenado en una secuencia de etapas necesarias que concluye en el socialismo; un devenir inexorable, sustraído por completo a la voluntad de los sujetos; un progreso impersonal que tiene su *primum mobile* en el desarrollo de unas *fuerzas productivas* reducidas, generalmente, a su dimensión tecnológica. Por el contrario, para los marxistas que ven en la *lucha de clases* poco menos que la única causa eficiente de la dinámica social, su Demiurgo absoluto, la historia resulta ser algo indeterminado, contingente, impredecible, completamente maleable por los actores colectivos, desmenuzable en infinidad de trayectorias singulares irreducibles a cualquier generalización.

Los dos extremos del materialismo histórico tienen asidero —preciso es admitirlo— en las obras de Marx y Engels. El determinismo tecnológico, desde las primeras formulaciones de Kautsky y Plejanov hasta la más novedosa y sofisticada elaboración de Gerald Cohen, pasando por la clásica *vulgata* estalinista, ha buscado su sostén exegético principalmente en el “Prefacio” de la **Contribución a la crítica de la economía política**, mientras que el voluntarismo militante y el culturalismo thompsoniano han revalorizado **El manifiesto comunista** y los escritos más políticos como **El 18 brumario de Luis Bonaparte** y **La guerra civil en Francia**.

Pero existe un *tertium quid*, una tercera posición. Ese *tertium quid* es mucho más que una expresión de deseo. Lo hallamos implícitamente en la práctica historiográfica de autores de primerísima línea como Eric Hobsbawm, Perry Anderson, Isaac Deutscher, Pierre Broué, Geoffrey de Ste. Croix, Josep Fontana, Robert Brenner, Albert Soboul y Pierre Vilar. Pero durante décadas, esta vertiente de la historiografía marxista careció de un marco teórico acorde a su rica producción. No es que estos historiadores no hayan reflexionado sobre su práctica y la de sus colegas. Lo han hecho, y a menudo con notable agudeza. Mas ninguno de ellos encaró a fondo la revisión crítica de las dos concepciones anteriormente mencionadas, ni el desarrollo *in extenso* de un nuevo sistema teórico. Aquí y allá encontramos en sus escritos observaciones críticas y matizaciones de encomiable lucidez. Pero estas reflexiones son demasiado embrionarias y fragmentarias, y no lo suficientemente incisivas ni generales. No constituyen ninguna tercera posición madura y explícita.⁵ De hecho, a menudo van de

⁵ Esto en parte explica por qué los marxistas tienden a identificar solamente dos posiciones (determinismo tecnológico y “luchismo”) en lugar de tres.



la mano con tácitos —y no tan tácitos— planteos deterministas o voluntaristas; incongruencia de la cual, al parecer, dichos autores no se han percatado.

También ese *tertium quid* tiene fundamento en el *corpus* marxiano. Lo tiene, ante todo, en infinidad de disquisiciones económicas, sociológicas e históricas puntuales implícitamente inspiradas en él. Pero también lo hallamos sumariamente explicitado en el inicio de **El 18 brumario**. “Los hombres —escribe Marx— hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”⁶. Aunque el pensador de Tréveris deja bien claro en este pasaje que no es ningún “talibán” del determinismo histórico, ni tampoco un pregonero del voluntarismo absoluto, por desgracia omite indicar en qué punto exacto del espectro que media entre ambos extremos se ubica. Es cierto que el viejo Engels, en varias de sus cartas, echó algo de luz sobre este asunto con su “vuelta de tuerca” a la determinación. Postuló su carácter mediato, indirecto, no automático. Habló de una determinación *in letzter Instanz* (en última instancia) de la superestructura por la base material, que deja a la primera cierto margen de autonomía relativa respecto a la segunda. Mas no aclaró en dichas cartas dónde radica exactamente la primacía de lo económico: si en las fuerzas productivas o en las relaciones de producción.

El gran mérito de Ariel Petrucci en **Materialismo histórico: interpretaciones y controversias** —obra que retoma y desarrolla lo expuesto hace catorce años en su **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia**—⁷ es precisamente el haber dotado a esa tercera posición *in nuce* de un sólido entramado conceptual de fundamento. Nuestro autor propone un materialismo histórico que, sin restarle importancia a las fuerzas productivas y a la lucha de clases, otorga la prioridad causal a las *relaciones de producción*. Esta propuesta, que por razones de concisión designaré *modelo PRP* (modelo de la primacía de las relaciones de producción), abriga un enorme potencial teórico y abre perspectivas más que promisorias a la historiografía.

Para un ejemplo muy reciente de este enfoque dicotómico, ver Vivek Chibber, “What is living and what is dead in the marxist theory of history”, en: **Historical Materialism**, vol. 19, n° 2, 2011 [Nota de ed: hay versión castellana en este mismo número].

⁶ Karl Marx, **El dieciocho brumario de Luis Bonaparte**, Montevideo, La Comuna, 1995 (1852), p. 9.

⁷ En su **Ensayo...**, Petrucci sentó las bases sobre las que habría de edificar, con **Materialismo...**, su renovadora propuesta teórica. Dicha fundamentación consistió, esencialmente, en una reconceptualización de tres categorías tan medulares del pensamiento marxista como lo son las de *fuerzas productivas*, *relaciones de producción* y *determinación material*. Una reconceptualización que llevó a cabo en dos frentes: el de la exégesis *analítica* del inmenso *corpus* marxiano en su totalidad, y el de la confrontación polémica con la interpretación tecnologizante —tanto en su variante “vulgar” clásica como en la variante más actual y elaborada de G. A. Cohen (**Karl Marx's Theory of History**, 1978. Hay traducción castellana: **La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa**, Madrid, Siglo XXI, varias ediciones). Volveré obligadamente sobre estas cuestiones más adelante, puesto que la obra aquí reseñada, en su desarrollo argumentativo, las retoma.

Han pasado ya más de treinta años desde que Perry Anderson, en las conclusiones a su magistral estudio comparativo de la génesis y el desarrollo del absolutismo monárquico en la Europa moderna,⁸ levantara la bandera de una ciencia histórica marxista plenamente crítica, antidogmática; un materialismo histórico reconciliado con la empiria, libre de esquematismos y propensiones especulativas. Más de treinta años desde que el gran referente de la **New Left** británica instara a los historiadores marxistas a ampliar la gama de modos de producción precapitalistas y acabar de una buena vez con ese ruinoso lecho de Procusto que era la tétada ortodoxa *comunismo primitivo-asiatismo-esclavismo-feudalismo*. Sin embargo, fuera de proponer la novedosa categoría de *modo de producción pastoril-nómada*, no hizo ningún aporte concreto por la positiva (aunque sí por la negativa, sometiendo a una crítica demoledora la pertinencia del concepto de asiatismo y el uso indiscriminado del rótulo “feudalismo”). Es que Anderson no contaba con las coordenadas teóricas adecuadas para afrontar esa ingente tarea, hecho que le condujo inconsistentemente a una recuperación acrítica de la noción polanyiana de *embeddedness* (“imbricación”) y una consecuente sobreestimación *idealizante* de las superestructuras precapitalistas.

Recién con el modelo PRP —esbozado en el **Ensayo...** y desarrollado en **Materialismo...**— esa vertiente de la historiografía marxista que, profundamente disconforme con el encorsetamiento del evolucionismo tecnologizante, tampoco se sentía del todo cómoda en las aguas del indeterminismo “luchista” y/o culturalista, estaría en condiciones de revertir su cuadro de anemia teórica. El desafío era el de deshacerse de una tradición anquilosada de agobiante rigidez, sin caer en el extremo opuesto del empirismo —cultivado tanto por cierta historia militante como por los *cultural studies* a lo Raymond Williams y Edward Thompson—. O sea, no *menos* teoría, sino *mejor* teoría. Una teoría que tenga un alto nivel de abstracción, sistematización y generalización, al mismo tiempo que un respetable grado de flexibilidad empírica. Pienso que el modelo PRP de Petrucci reúne ambos requisitos: *amplitud de miras* y *ductilidad*. En su obra cumbre, el historiador británico Geoffrey de Ste. Croix —el más prominente de los helenistas marxistas— hizo la siguiente reflexión:

El enfoque tradicional del historiador tiene muchas virtudes, y su esencia —es decir, la insistencia en reconocer la *especificidad* de la situación histórica en un período (o incluso área) determinado— no tiene por qué abandonarse, ni tan siquiera ponerse en peligro, siempre y cuando vaya combinada con un enfoque sociológico. [...] Nos topamos con un problema con el que se enfrenta cualquier historiador, a saber, cómo conciliar una atención plena y escrupulosa ante cualquier tipo de testimonio sobre el tema de su elección y el estudio de la bibliografía moderna que lo trate con la posesión de una metodología general de la historia y una teoría sociológica capaz de permitirle sacar el máximo partido a sus investigaciones. Pocos de nosotros —si es que se da algún caso— logran establecer exactamente el equilibrio

⁸ Perry Anderson, **El Estado absolutista**, México, Siglo XXI, 1998 (1974), p. 411.

entre estos dos desiderata tan distintos. Se ha dicho que el sociólogo logra saber “cada vez menos de cada vez más cosas”, y el historiador, en cambio, “cada vez más de cada vez menos cosas”. La mayoría de nosotros solemos también caer decididamente en una u otra de estas categorías.⁹

Creo que el modelo PRP es un gran paso en la búsqueda de ese difícil punto de equilibrio entre la ambición teórica y el rigor empírico; punto de equilibrio que, en definitiva, es inherente a todo quehacer científico que se precie de serio.

Pero habiéndose hallado esta vía de superación, queda en pie, no obstante, otro desafío: *difundir* dicho modelo tanto en el campo académico como militante, dado que en estos doce años que han transcurrido desde la edición del **Ensayo...**, en ninguno de ambos medios se lo conoce debidamente. En tal sentido, espero que la presente reseña contribuya a salvar este inconveniente.

* * *

En el breve capítulo I —que cumple en el plan general de la obra una función introductoria—, y luego de recordarle al lector que Marx, por desgracia, “no escribió ninguna obra sistemática en la que expusiera su concepción”¹⁰, Petrucci da cuenta del amplio consenso existente dentro y fuera del marxismo en torno a la creencia según la cual el corto “Prefacio” a la **Contribución...** es el texto que más se aproximaría a una teoría general del materialismo histórico. Y dado que en ese pasaje Marx hace de las fuerzas productivas el “primer motor” de la historia, resultó inevitable que el determinismo tecnológico se consolidara rápidamente como la versión ortodoxa del marxismo, pasándose por alto muchos otros textos posteriores en los que Marx explícita o implícitamente tomaría distancia de esa infortunada incursión suya en los dominios especulativos de la *Geschichtsphilosophie*. Pero Petrucci nos recuerda que, junto a esta concepción de la historia, existió desde el principio otra que, por el contrario, apoyándose en otros escritos de los “padres fundadores” —muy especialmente en **El Manifiesto...** de 1848—, enfatizaba la lucha de clases y el inmenso poder transformador de la *praxis*. Nada estimuló más la reflexión y el debate en el seno del marxismo que esta difícil coexistencia, que esta *tensión* entre el factor objetivo y el factor subjetivo con obvias e importantes implicaciones políticas (fatalismo vs. voluntarismo).

Petrucci considera, y acuerdo con él, que, con independencia de lo que crean sus portavoces, el determinismo tecnológico es una especie tan férrea de determinismo que conduce virtualmente al fatalismo —esto es, a la negación radical de la libertad humana—,¹¹ y que, a la inversa, el “luchismo” a ultranza supone postu-

lar la indeterminación total del devenir histórico; dos opciones que, más allá de las preferencias filosóficas que se tengan, no se condicen con la realidad de la historia *tal como ha sido y es*. Acertadamente a mi juicio, el autor ve en su modelo PRP la salida a este atolladero, pues, como se verá más adelante, dicho modelo postula un decurso histórico que si bien está “determinado” (en el sentido débil de *condicionado*) objetivamente por las estructuras de la sociedad —sobre todo por la económica—, deja un margen de incidencia no menor a los factores subjetivos o agenciales —principalmente el de la lucha de clases—. ¿El corolario? Una historiografía que sigue siendo ciencia porque el pasado humano no es pura contingencialidad, pero que tampoco es ciencia nomotética —al modo de las ciencias naturales— porque no puede descubrir leyes (regularidades universales en el espacio y en el tiempo). Vale decir, una historiografía que sigue siendo ciencia porque se puede discernir en el pasado la existencia efectiva de *tendencias* más o menos generales.

Luego, nuestro autor intenta dar cuenta de las razones por las cuales la mayoría de los marxistas son refractarios a desertar de las filas del determinismo tecnológico. Dos son los motivos que señala, a saber: el conservadurismo “escolástico” y el temor a que la centralidad del análisis sociológico *de clase* quede comprometida, socavada en sus cimientos. Sin embargo, Petrucci demuestra que ese temor es infundado, ya que el modelo PRP constituye un basamento alternativo no menos sólido, siendo perfectamente posible con él preservar dicha centralidad *sin renunciar al materialismo histórico*.

* * *

En el capítulo II, el más extenso del libro, el autor se emplea a fondo en la crítica exhaustiva del determinismo tecnológico de Cohen; empeño que lo lleva necesariamente a desmontar pieza por pieza, con paciencia y método, los dos grandes presupuestos de dicha concepción marxista: la *tesis de la primacía* y la *tesis del desarrollo* de las fuerzas productivas. Según la primera tesis, en la relación causal *bidireccional* (mutuo condicionamiento) existente entre fuerzas productivas y relaciones de producción —verdadero meollo de la concepción materialista de la historia—, son las primeras las que tienen mayor peso o influencia.¹² De acuerdo a la segunda, las fuerzas productivas tienden a *progresar* en todo tiempo y lugar, salvo contadas excepciones que, desde un punto de vista

variante mal extrapolada de evolucionismo que fue el *darwinismo social*. Por mi parte, acotaría que, junto con su validez empírica, el fatalismo histórico ofrece otro frente de discusión, uno más filosófico: ¿es saludable bregar por una meta política sin más argumento que su presunta inexorabilidad, prescindiendo de valores éticos? Opino que no.

¹² Que el desarrollo de las fuerzas productivas *explique* las mutaciones que experimentan las relaciones de producción no significa, para Cohen, que siempre lo primero preceda cronológicamente a lo segundo. Puede suceder lo contrario, y la historia ofrece muchos ejemplos de ello. Cohen sortea este inconveniente apelando a la explicación *funcional*: puede que las relaciones de producción cambien *antes* que las fuerzas productivas, pero lo hacen *para* (con la finalidad de) que éstas puedan desarrollarse. Aunque Petrucci, a diferencia de Jon Elster, acepta —con reservas— la legitimidad teórica de la explicación funcional, no avala el uso que Cohen hace de ella para defender la tesis de la primacía de las fuerzas productivas. Volveré sobre esta cuestión más adelante.

⁹ Geoffrey E. M. de Ste Croix., **La lucha de clases en el mundo griego antiguo**, Barcelona, Crítica, 1988 (1981), pp. 49-50.

¹⁰ Petrucci, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 13.

¹¹ Con todo, nobleza obliga, hay que admitir —como hace Petrucci al darle la razón a Plejanov— que el fatalismo histórico, más allá de toda consideración acerca de su validez empírica, ha distado mucho de ser, en los hechos, una idea políticamente desmovilizadora, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX y los albores del XX, cuando estaba tan de moda esa



teórico, resultan enteramente irrelevantes. Lo novedoso y enco-miable de la teoría coheniana es que intenta explicar (que lo consiga o no es harina de otro costal) por qué las fuerzas productivas tienden a desarrollarse universalmente. En efecto, con anterioridad a la publicación de **La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa**, los partidarios del determinismo tecnológico daban por sentada dicha tendencia sin explicarla.

Ahora bien: sin el sostén de la tesis del desarrollo, la tesis de la primacía de las fuerzas productivas se vendría a pique, como el propio Cohen reconoce con franqueza. Si las fuerzas productivas no poseyeran ese *plus* que es la tendencia immanente al crecimiento, ¿qué otra cosa habilitaría a decir que su vínculo interactivo con las relaciones de producción es asimétrico en vez de igualitario? ¿Cómo se podría justificar la prioridad causal otorgada a las primeras en detrimento de las segundas? Consciente Cohen de este problema, procura justificar la tesis del desarrollo. Lo hace argumentando que los seres humanos viven en situación de escasez, y que para remediarla, ponen su *raciocinio* al servicio de la innovación tecnológica. Vale decir que el desarrollo de las fuerzas productivas sería universal porque universal es también la combinación de escasez y racionalidad que lo motoriza. Arguye además que los casos de regresión tecnológica constituyen una rareza histórica perfectamente soslayable en su teorización.

Petrucelli cuestiona ambos axiomas. En relación a la racionalidad, sostiene que “aun aceptando [...] que es un *atributo* humano universal, los problemas que la misma genera parecen demasiados como para que sea capaz de generar una *tendencia universal* como lo es el desarrollo de las fuerzas productivas”¹³. De todos ellos puntualiza cuatro: 1) la divergencia entre racionalidad individual y colectiva (puede que el aumento de la productividad sea socialmente beneficioso, pero no necesariamente —como en el caso de la esclavitud— dicho aumento ha de ser ventajoso para todos los miembros de la comunidad); 2) la diferencia entre racionalidad de los medios y racionalidad de los fines (la primera es realmente efectiva; la segunda, hartamente complicada, si no imposible. Por muy racional que sea, por ejemplo, un genocidio en su planificación y ejecución, nada habilita a pensar que también lo es en sus fundamentos y objetivos); 3) la contradicción entre racionalidad de corto y largo plazo (lo que hoy promete ser provechoso, en el futuro puede resultar contraproducente, como en el caso del monocultivo, cuyo alto rendimiento se paga a la larga con el deterioro ambiental); y 4) los límites informativos de la razón (los agentes, a la hora de tomar decisiones, barajan datos incompletos y no siempre veraces). Nuestro autor le reprocha a Cohen que, siendo marxista, reproduzca acriticamente una concepción antropológica tan “deshistorizada” e ideológica como la del *homo aeconomicus*, un anacronismo que inevitablemente remite al pensamiento liberal burgués. Por otra parte, la verdad está de su lado cuando advierte que ni la consideración de la escasez como un *problema a solucionar*, ni la preferencia por la vía de solución tecnológica, revisten un carácter racional-universal (a lo

largo de la historia, muchos pueblos no problematizaron la escasez; y otros que sí lo hicieron, no la combatieron aumentando la productividad sino controlando la natalidad, emigrando o haciendo la guerra a sus vecinos). En ambas, la cultura —el sistema de creencias y valores— cumple un rol decisivo. Petrucelli remata su crítica con esta justa observación:

Lo que le reprocharía a Cohen es que la suya es una concepción a-histórica de la racionalidad, o para ser más preciso, una concepción menos histórica de lo conveniente. Una cosa es la universalidad de la racionalidad (que yo acepto); otra la historicidad contextual de sus objetivos, sus medios y sus manifestaciones. Los objetivos perseguidos difieren con los contextos, así como la manera de satisfacerlos. Cohen acepta este punto, pero su argumento parece implicar que el núcleo universal se impondrá a la larga sobre las características contextuales: de allí que la tendencia al desarrollo sea universal. Mi argumento es que el peso de las características contextuales hace que el núcleo universal no pueda establecer ninguna tendencia histórica universalmente válida¹⁴.

La crítica del autor al otro axioma en que Cohen apoya su tesis del desarrollo, el de la escasez, apunta al corazón mismo de su definición. El pensador canadiense define la escasez como una situación *universal* en la cual las sociedades, o no pueden satisfacer totalmente sus necesidades, o deben hacerlo al alto precio de trabajar demasiado —en tiempo y/o intensidad— y a disgusto. A la luz de la evidencia histórica y etnográfica, Petrucelli constata que: 1) no todas las colectividades experimentan necesidades superiores a sus recursos, 2) a veces la subsistencia se logra trabajando relativamente poco y 3) no siempre la producción material es percibida como un mal necesario, pudiendo en ciertas ocasiones constituir un fin en sí mismo y un motivo de disfrute. Nuestro autor concluye el tema con un apartado dedicado íntegramente a la escasez en la historia. Un pasaje lleno de datos jugosos y reflexiones agudas que, por razones de espacio, deberé obviar¹⁵.

Pero —apunta Petrucelli— más allá de esto, lo cierto es que la evidencia empírica desmiente la tesis del desarrollo. *Facts are facts*: no hay ningún progreso *arrollador* de las fuerzas productivas a escala *universal*, a escala mundial y omnihistórica. Dicho progreso es un atributo exclusivo del capitalismo, único modo de producción que posee una *lógica interna* (la competencia de capitales) capaz de promoverlo. La historia del *homo sapiens* está plagada de ejemplos de “estancamiento” tecnológico. De hecho, la mayor parte de la misma se dio en un contexto material de fuerzas productivas notablemente estables. Por lo demás, incluso los casos de abierto retroceso técnico son menos extraños de lo que Cohen y otros marxistas creen (el autor trae a colación varios ejemplos contundentes, como el del Imperio Romano de

¹³ Petrucelli, **Materialismo...**, op. cit., pp. 40-41.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 47-48

¹⁵ Como por ej., la superior suficiencia económica de los grupos cazadores-recolectores respecto a las sociedades agropastorales [sic] y la revalorización —nada maltusiana— del importante papel que le cupo al factor demográfico en la transición del Paleolítico al Neolítico (Cfr. *ibid.*, pp. 56-67).

Occidente, las ciudades-estado mayas, la civilización micénica, los califatos árabes y el megalitismo; lista a la cual, indudablemente, se le podrían agregar muchos otros casos, como el de Angkor, la cultura rapa nui, Tiahuanaco, el reino de Monomotapa, el imperio hitita, la civilización olmeca y la Groenlandia vikinga).¹⁶

No obstante, es importante señalar que la posición de Petruccelli en esta materia resulta, a la postre, bastante más mesurada de lo que *prima facie* parece. Es probable que, en su afán polémico de distanciarse de Cohen, por momentos su exposición pierda matices. Sea como fuere, lo cierto es que al final del quinto párrafo señala:

Pero puesto que después de todo los seres humanos somos racionales, y puesto que la escasez ha sido un fenómeno bastante extendido, quizá ello ayude a explicar por qué, *mirada en su conjunto, la historia humana muestra una acumulación de fuerzas productivas*; acumulación que no es el resultado de una tendencia universal, pero que tampoco puede ser explicada como la resultante de puros accidentes: después de todo *el crecimiento de las fuerzas productivas se constata (aunque sea a largo plazo) en muchísimas sociedades humanas*, entre ellas las que han mostrado mayor capacidad expansiva. *La explicación de la evolución productiva de la humanidad se debe situar en algún punto intermedio entre la tendencia universal y la mera contingencia.*¹⁷

Concuerdo en gran medida: el desarrollo tecnológico está lejos de ser universal, pero tampoco es puramente accidental. Es una *tendencia moderadamente general*. Pero no creo que la combinación de racionalidad y escasez alcance por sí sola —dada su excesiva simplicidad— a explicar dicha tendencia. Una formulación alternativa, meramente tentativa, podría ser la siguiente: en la producción material de su existencia, por variadas razones (no sólo para incrementar la producción y la productividad, sino también, por ejemplo, para producir bienes de uso más confortables o refinados) *las sociedades tienden* —salvo que haya grandes obstáculos de orden natural o cultural (condiciones climáticas, tabúes religiosos, etc.)— *a no desaprovechar las oportunidades de progreso técnico que se le presentan*. Ahora bien: esas oportunidades no necesariamente son de gran envergadura, ni el resultado de una búsqueda premeditada y sistemática, ni frecuentes, ni autóctonas. Pueden ser muy *modestas, casuales, infrecuentes y exógenas*. La fiebre tecnológica y productivista es, sin duda, un rasgo exclusivo del capitalismo. No lo es, en absoluto —aunque muchos anticapitalistas románticos postulen lo contrario—, *cierto grado de preocupación práctica por la tecnología y la productividad*. Ni los querandíes de las pampas sudamericanas, ni los *sioux* de las praderas norteamericanas —por citar dos casos entre muchos— tuvieron una *mentalidad capitalista* ni nada semejante cuando comenzaron a valerse del caballo.

Otro elemento que conviene destacar es que el autor no niega que exista cierta correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Lo que plantea es que dicha correspondencia es demasiado genérica como para justificar el determinismo tecnológico. Es indudable que ciertas fuerzas productivas no son compatibles con ciertas relaciones de producción, pero las alternativas de correspondencia son tan numerosas que hablar de *determinación* no tiene mayor sentido.¹⁸ Por caso, el uso del arado ha estado extendido en formaciones sociales tan variadas, con entramados de relaciones de producción tan disímiles, que todo lo que se podría decir a favor de su “poder de determinación” es que demanda una vida sedentaria y excluye el nomadismo, una verdad tan evidente como insulsa. Se trata, pues, de un condicionamiento bastante laxo, no de una determinación fuerte, unívoca; y la teoría coheniana, para ser consistente, demanda esto último. Asimismo, el hecho de que abundan en la historia ejemplos de fuerzas productivas “soportando” relaciones de producción adecuadas pero no *óptimas*¹⁹ también habla a las claras de un tecnologicismo inconsistente —crítica acertada que Petruccelli recoge de Van Parijs.

Otra válida objeción que el autor le hace a Cohen es que, en muchos casos, las relaciones de producción cambian sin que antes lo hayan hecho, ni después fueran a hacerlo, las fuerzas productivas que supuestamente las coaccionan, ya sea “etiologicamente” (como causa) o “teleológicamente” (como finalidad). Sin duda, esta *interdependencia relativa* de las relaciones de producción asesta un duro golpe a la tesis de la primacía de las fuerzas productivas.

No obstante, conjetura Petruccelli, “la transición al capitalismo parecería entrañar una vindicación explícita de la tesis de la primacía de las fuerzas productivas”, ya que a diferencia de otras transiciones intersistémicas, aquélla “parece haber sido cuando menos influida por las presiones para el desarrollo de las fuerzas productivas”²⁰. Esto es cierto, pero nuestro autor rápidamente opone cuatro convincentes reparos: 1) no hay pruebas satisfactorias a favor de la presunta *inexorabilidad* de la industrialización europea, ni de que ésta haya estado principalmente motivada por la pujanza de las fuerzas productivas; 2) la historia del capitalismo es un segmento ínfimo de la historia universal, aun si se excluyen los tiempos prehistóricos; 3) el único caso de desarrollo capitalista *endógeno* es el occidental; y 4) sólo el capitalismo “parece tener un mecanismo interno que impulsa sistemáticamente el desarrollo tecnológico”²¹ (la competencia de capitales). Con todo, admite de inmediato, estos reparos deben ser tomados con pinzas, puesto que los fenómenos históricos —en este caso la géne-

¹⁶ Para ilustrarse con más ejemplos históricos, ver el artículo de la **Wikipedia** sobre el llamado “colapso societal” en el siguiente enlace: http://en.wikipedia.org/wiki/Societal_collapse (consultado el 10/2/2012).

¹⁷ *Ibid.*, pp. 66-67. La cursiva es mía.

¹⁸ No tiene mayor sentido *para la historiografía*. Si puede tenerlo —aclarar Petruccelli— para una sociología histórica a lo Michael Mann, que opera a una escala muy *macrohistórica*. Por ejemplo, sería lícito señalar que la gran industria moderna se corresponde con el trabajo salariado, o que el pastoreo nómada tiene correlato en la posesión común de la tierra. Ahora bien: este tipo de constataciones, para el historiador, son obviedades de escaso valor.

¹⁹ Léase: relaciones de producción que no son las que mejor se ajustan, en términos de *rendimiento*, al nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas.

²⁰ Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 93.

²¹ *Ibid.*



sis del capitalismo— son imposibles de replicar y analizar en condiciones de laboratorio; y nadie puede saber con certeza qué hubiese realmente sucedido con las sociedades no occidentales si el capitalismo occidental no hubiese existido, o bien, si se hubiera incoado o expandido más tarde. El imperio otomano, la Persia Kayar, la India mogol, la China *Qing*, el Japón *Tokugawa*, el *Tawantinsuyu* incaico, la *Excan Tlatoloyan* azteca, etc., ¿hubieran a la larga arribado al modo capitalista de producción, u a otra variante de régimen industrial, si su trayectoria histórica no se hubiese visto alterada por el imperialismo europeo y estadounidense? Imposible saberlo—los futuribles son pura especulación—

Nuestro autor considera que la teoría de Cohen constituye, tanto por (a) su impronta especulativa y finalista, como por (b) sus pretensiones universalistas y omnihistóricas, una *Geschichtsphilosophie* que traspasa los límites de la ciencia. Esta apreciación resulta controvertida; controvertida no por a, sino por b. Universalidad y omni-historicidad no necesariamente implican *acientificidad* (por caso, el propio modelo PRP es universal y omnihistórico). Lo que definiría a la teoría coheniana como una *filosofía sustantiva de la historia* (Danto) es, aparte de cierta despreocupación empírica, ese *teleologismo* que se trasunta de la tesis del desarrollo.²²

En el *excursus* del capítulo II, Petruccielli fija posición respecto al “giro normativo” que Cohen inicia a fines de los 80; un giro que,

²² Petruccielli dedica también un párrafo del capítulo II al determinismo tecnológico “débil” que el marxista Francisco Herrerros Vázquez propone como alternativa superadora en su libro *Hacia una reconstrucción del materialismo histórico* (Madrid, Istmo, 2005). El autor español sostiene que, cuando el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones de producción, y se desata, a raíz de ello, una crisis de magnitud *sistémica*, la lucha de clases entra en un *crescendo* cuyo desenlace será la salida de dicha crisis; salida que consistirá en la aparición o generalización de nuevas relaciones de producción. Hasta aquí, nada nuevo bajo el sol. Pero Herrerros plantea —y en esto sí se aparta del “Prefacio” de Marx a la *Contribución*...— que esas nuevas relaciones de producción no necesariamente serán más adecuadas para las fuerzas productivas existentes que las relaciones antiguas. Puede ocurrir que la lucha de clases desemboque en unas relaciones de producción tan o más retardatarias que las anteriores; solo que, en ese caso, las nuevas relaciones verán disminuidas en el largo plazo sus posibilidades de perpetuarse y propagarse. Herrerros, asimismo, aclara lo siguiente: que las crisis sistémicas se resuelvan en la arena de la lucha de clases, no significa que dicha resolución sea el *desideratum* de una *clase victoriosa consciente*. Puede suceder que el desenlace sea la consecuencia no deseada de un conflicto ciego. Ahora bien: Petruccielli demuestra que Herrerros se equivoca al creer que todo esto compromete al esquema coheniano. El determinismo tecnológico “duro” es perfectamente compatible con el modelo teórico del español. Dos son las razones: 1) a largo plazo —que es el que maneja Cohen—, se terminarían imponiendo las relaciones de producción que son *funcionales* a las fuerzas productivas; y 2) dado que la lucha de clases tiene, para el pensador canadiense, una importancia *marginal*, éste no tendría ningún problema en conceder que aquélla presenta formas más complejas de lo que comúnmente se cree. De este modo, Petruccielli termina arribando a la conclusión de que Herrerros, más que revisar el determinismo tecnológico “duro”, simplemente lo *matiza*; razón por la cual se hace acreedor a las mismas críticas que él le dirigiera a Cohen, ya que en ningún momento el teórico español rompe con las tesis del desarrollo y la primacía de las fuerzas productivas. Además, alega, no es cierto que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción constituya siempre un problema grave para la reproducción de la sociedad —es decir, un problema que presiona irremisiblemente en dirección a un cambio de dimensiones sistémicas—. Hay muchas soluciones nada revolucionarias, como la estabilización poblacional y la expansión territorial.

contrariamente a lo que podría suponerse a la ligera, no contradice en nada su determinismo tecnológico —de hecho, nunca se retractó de él—. El decidido vuelco del pensador canadiense hacia el campo de la filosofía política y la ética normativas, el debate público con los “peso pesados” del neocontractualismo liberal (Rawls, Nozick, etc.) y el empeño puesto en dotar al socialismo de una sólida y actualizada fundamentación moral, son muy bien recibidos por nuestro autor, quien rechaza la tesis de la inexorabilidad y cientificidad del socialismo. Si el socialismo no está inscrito en la gran marcha evolutiva de la historia, si el porvenir está *abierto* a distintas *opciones de sociedad*, entonces la política se sustrae —en sus fines— a la esfera de la *verdad objetiva*, la esfera del *ser* propia de la *episteme*, y queda incorporada a la esfera de los *valores subjetivos*, la esfera del *deber-ser* propia de la *doxa*. Ahora bien: decir que el debate político está más allá de la ciencia no significa negar su racionalidad, sino aceptar —como Weber— que se trata, en último término, de una “guerra de dioses”, esto es, de un debate filosófico basado en valores extracientíficos.²³

Aunque comparto esta postura, considero que la fundamentación ética del socialismo, sin excluir ni minimizar el pensamiento normativo, debe trascenderlo renovando vínculos con la tradición utópico-romántica (Kropotkin, Landauer, Benjamin, Fromm y Michael Löwy, entre muchos otros) y el existencialismo (Sartre y Camus), injustamente relegados durante décadas en el seno de la izquierda militante a causa de la hegemonía detentada por el “socialismo científico”. La eticidad del socialismo radica también en la *construcción de sentido* (anticipación utópica, antropología filosófica, estética del compromiso, política de la memoria, etc.), y la construcción de sentido, sin contradecir la ética normativa *en su letra*, la rebasa ampliamente *en su espíritu*.

* * *

El capítulo III fue concebido con fines ilustrativos. Se trata, en palabras del autor, de “una puesta prueba de la teoría”²⁴. El modelo PRP es contrastado empíricamente mediante un *estudio de caso*, a saber: el de la decadencia del esclavismo antiguo y la caída del Imperio Romano de Occidente. Para ello, Petruccielli —quien no es un erudito romanista en condiciones de realizar una investigación exhaustiva de primera mano— recurre a una amplia bibliografía historiográfica y sociológico-histórica (Ste. Croix, Anderson, Bloch, Lot, Dockès, Weber, Jones, Ferrill, Wickham, Wood, Parain y otros), consumando una puesta a prueba convincente.

No obstante, la cautela aconseja esperar a que se pronuncien los expertos; aunque debo confesar que no soy muy optimista al respecto, dado que, en general, los historiadores especializados cultivan un *empirismo particularizante* poco o nada compatible con la teorización de amplias miras. No se puede negar que la desconfianza de la historia erudita hacia la sociología histórica tiene

²³ Lo que, en política —una vez estipulados los fines—, sí puede estar bajo la órbita del escrutinio científico son el diagnóstico de las condiciones imperantes, la elección de los mejores medios y la evaluación de las consecuencias de la acción (deseadas o no).

²⁴ Petruccielli, *Materialismo*..., *op. cit.*, p. 105.

motivos justificados. A menudo, demasiado a menudo, la especulación teórica, cegada y sesgada por el apriorismo, derrapa en un rígido esquematismo que, lejos de fecundar el quehacer historiográfico, lo entorpece con sus exigencias tributarias de conformidad. Cuando las categorías de análisis dejan de ser herramientas útiles de pensamiento crítico y se convierten en moldes estrechos de pensamiento dogmático, la teoría se vuelve funesta. Pero también ocurre con excesiva frecuencia que, en nombre de un rigor académico malentendido, los historiadores destierran de su reino no sólo a esa forma perniciosa de sociología histórica, sino a la sociología histórica *en general*, confusión en la cual —como reza el refrán inglés— terminan “arrojando el bebé con el agua del baño”. Puede que el modelo PRP sea falseado, pero, aun así, nadie que tenga buena fe y seriedad intelectual podrá decir que es un lecho de Procusto.

Las exigencias de concisión desaconsejan un tratamiento detallado de este capítulo, habida cuenta su carácter eminentemente ilustrativo. Baste entonces con señalar lo más esencial.

En el tercer capítulo, Petruccelli se aboca a la tarea de refutar la interpretación *tecnológica* de la transición del esclavismo clásico al colonato tardoimperial, y en vistas a ello apela a dos argumentos: 1) no está nada claro que la esclavitud fuera estructuralmente incapaz de propiciar o soportar el desarrollo de las fuerzas productivas; y 2) a contramano de lo que comúnmente se cree, la decadencia de dicho régimen de explotación no trajo aparejado ningún progreso técnico *general* de la economía romana (de hecho, la generalización del *colonatus* coincidió con un descenso de la productividad agrícola). Retomando la vieja tesis weberiana, nuestro autor conceptúa la crisis del esclavismo romano como una *crisis de abastecimiento*. La detención de la dinámica expansionista, el cese de las guerras de *razzia* y conquista contra los pueblos bárbaros y la estabilización de las fronteras del imperio, provocaron una fuerte contracción del comercio de esclavos. Encarecida cada vez más en sus costos, la esclavitud se fue volviendo progresivamente una práctica antieconómica, y el colonato, una opción crecientemente rentable.

Sin embargo, a la larga, esta solución resultaría funesta para las clases dominantes, ya que supuso la “servilización” en masa del campesinado y la agudización del conflicto de clase, un panorama que, amén de minar internamente su hegemonía, comprometería externamente el poderío militar del imperio (los campesinos eran la gran cantera de reclutamiento del ejército) en circunstancias geopolíticas cada día más aciagas (invasiones bárbaras). En síntesis —siempre siguiendo a Petruccelli, con cuya argumentación concuerdo—, la caída del Imperio Romano de Occidente estuvo efectivamente ligada a la decadencia de la esclavitud, pero la decadencia de la esclavitud no se debió a que esta institución trabara o retardara el desarrollo de las fuerzas productivas, sino a la gran contracción de la oferta de esclavos. No es cierto que los importantes cambios verificados en la estructura económica del Bajo Imperio, en su entramado de relaciones de producción, hayan estado precedidos o acompañados, o fueran siquiera sucedidos, por un *gran salto hacia adelante* en mate-

ria de capacidad tecnológica. Al contrario, hubo un retroceso notorio y duradero, a tal punto que Europa occidental tardaría —como bien ha apuntado Michael Mann— más de un milenio en recuperar el nivel de productividad agrícola alcanzado durante el apogeo del esclavismo.

En suma, a través de este estudio de caso, Petruccelli consigue no sólo demostrar la endeblez empírica del determinismo tecnológico, sino también probar la validez fáctica de su modelo PRP. Consigue lo último en tanto logra establecer una conexión causal satisfactoria entre el derrumbe del Imperio Romano de Occidente y las mutaciones *ex ante* de sus relaciones de producción (declinación de la esclavitud y generalización del colonato).

El capítulo IV es de corte netamente exegético. En él Petruccelli se propone dos objetivos conexos: demostrar que los escritos del Marx tardío, así como lo mejores pasajes del Marx maduro, desautorizan —mayormente de forma implícita pero también a veces de forma explícita— la interpretación tecnologizante de la concepción materialista de la historia (las tesis del desarrollo y de la primacía de las fuerzas productivas), a la vez que avalan el modelo PRP.

Nuestro autor comienza por reconocer que existe, en efecto, un Marx tecnocrata; hecho destacable en tanto y en cuanto entraña la admisión —nada corriente en el seno de la intelectualidad marxista— de que no hay un solo Marx sino *varios*, y que entre éstos hay tensiones e incluso contradicciones. Sabido es que, por lo general (siempre hay meritorias excepciones), los intelectuales marxistas, al defender su versión de Marx —sin importar cuál sea ella—, hacen verdaderos *tours de force* hermenéuticos para que el pensamiento del maestro quede imbuido de una coherencia monolítica que en realidad no tiene, como se verá a continuación. Frente a este perfeccionismo póstumo, frente a esta hermenéutica de taxidermistas, Petruccelli prefiere vérselas con el pensamiento marxiano tal como es, en toda su *vitalidad*, es decir, en toda su complejidad y mutabilidad. No sorprende entonces que dedique algunas páginas al Marx tecnologizante, dando las referencias bibliográficas pertinentes y citando algunos de los fragmentos más significativos, como el “Prefacio” a la **Contribución...** y la carta a Annenkov del 28 de diciembre de 1846.²⁵

“Pero sucede que hay otros textos”²⁶, nos recuerda de inmediato Petruccelli. Y luego cita la categórica carta de Marx de 1877 al consejo editorial del periódico ruso **Otcheststvennie Zapiski**, donde el pensador alemán desautoriza a su seguidor Nikolai Mijailovsky por haber pretendido hacer de él el portavoz de una

²⁵ Resulta llamativo que el autor omita mencionar la famosa digresión acerca de la tecnología, su significado e importancia, que Marx hiciera al comienzo del capítulo XIII del tomo I de **El capital**. En ella afirma que la tecnología constituye “la *base material* de toda organización particular de la sociedad” (la cursiva es mía). Nótese que *no* dice que la tecnología forme parte de la base material, sino que la tecnología es la base material. Cfr. Karl Marx, **El capital: crítica de la economía política**, t. I. México, Siglo XXI, 1996 (1867), vol. 2, p. 453.

²⁶ Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 135.

ble, de las *activas* (presiones), que lo tornan *altamente probable*. Son estas últimas, obviamente, las que poseen mayor jerarquía causal. La textura biológica del ser humano y el medio geográfico son condicionantes pasivos de la realidad social, mientras que la estructura económica actúa, por lo general, como condicionante activo. En definitiva, lo que hace Petruccielli a partir de su aguzada relectura del *corpus* marxiano es transferir la primacía explicativa del materialismo histórico desde las fuerzas productivas a las relaciones de producción.

En el tercer apartado del capítulo V, el autor retoma la reconceptualización de las categorías de fuerzas productivas y relaciones de producción que llevara a cabo hace más de una década en su **Ensayo...**; una decisión que lo lleva nuevamente a analizar los textos de Marx y discutir con el marxismo tecnolizante de Cohen.

En cuanto a las fuerzas productivas, señala que éstas no sólo abarcan a los medios de producción y la fuerza de trabajo, sino también a las *relaciones de trabajo*, esto es, las relaciones de los productores directos *entre sí* (división del trabajo, cooperación, supervisión) y sus relaciones *con los medios de producción*, a las que denomina respectivamente *relaciones sociales* y *técnicas de trabajo*. De hecho, dándole a su planteo una “vuelta de tuerca” que no le había dado en su **Ensayo...**, llega a afirmar que las fuerzas productivas *son* las relaciones de trabajo, ya que concibe a éstas de un modo *sustantivo* en vez de formal —o sea, las relaciones de trabajo incluyendo no solamente a las relaciones de trabajo *propriamente dichas* (los “nexos entre”), sino también a los propios *elementos* de esas relaciones (la fuerza de trabajo y los medios de producción).²⁹

Con respecto a las relaciones de producción, sostiene que no se reducen a las *relaciones de apropiación* —aunque éstas sean las más importantes—, pues incluyen también a las *relaciones de trabajo*.³⁰ Vale decir que las relaciones de trabajo pueden ser conceptuadas *tanto* como fuerzas productivas como relaciones de producción. En palabras de Petruccielli, “las fuerzas productivas [...] serían las relaciones de trabajo vistas desde la perspectiva de la capacidad de producción”.³¹ No es un detalle menor: en más de una ocasión, Marx dio cuenta de la importancia que tienen las relaciones de trabajo no sólo como parte de la base material que determina la vida social, sino también como *factor directo de productividad* (por ej., halló la clave de la génesis del modo de pro-

ducción *específicamente* capitalista en una innovación tan poco tecnológica como la división manufacturera del trabajo).

Ahora bien: si las fuerzas productivas *son* las relaciones de trabajo, y si las relaciones de trabajo son relaciones de producción, ¿qué sentido tiene hablar de la primacía de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas/relaciones de trabajo? Lo tiene —aclara el autor— en tanto nos estemos refiriendo a las relaciones de producción en *sentido restringido*, es decir, a las *relaciones de apropiación*. O sea, las relaciones de apropiación (relaciones de producción en sentido restringido) tienen la primacía sobre las relaciones de trabajo (fuerzas productivas).³²

Pero junto a dicha primacía existe, para Petruccielli, otra más general e importante: la primacía de las relaciones de producción en *sentido amplio* (relaciones de apropiación y de trabajo) o *muy amplio* (idem más relaciones de distribución) sobre la superestructura. Vale decir, la primacía de las *relaciones económicas* en su totalidad, de la *estructura económica* o, en suma, de la *base material*, sobre la llamada *superestructura*.

Otra propuesta interesante que hace el autor es la de red denominar las categorías de *coerción económica* y *coerción extraeconómica* con los términos “*coerción mercantil*” y “*coerción extramercantil*” (respectivamente), ya que, como señala, la coerción económica de la clase ociosa sobre la clase productora de ningún modo constituye un rasgo distintivo del capitalismo. Lo que sí es distintivo del capitalismo es la coerción mercantil generalizada, la coacción del mercado a gran escala —el hecho de que un gran segmento de la población esté desposeído de los medios de producción y se vea obligado a vender su fuerza de trabajo para poder subsistir—.

En el último apartado del capítulo V, Petruccielli realiza una disquisición muy sagaz sobre lo *económico* y su primacía. En primer lugar, aclara que lo económico nunca existe en estado puro, ni siquiera en el capitalismo, aunque en él, indudablemente, es donde más se aproxima a ese estado de pureza —en las formaciones sociales precapitalistas la economía está muy o completamente imbricada con las otras dimensiones (el parentesco, la religión, la política, etc.)—. La sociedad no es simple. La sociedad es altamente *compleja*. Pero su complejidad no está hecha de compartimentos estancos, sino de *esferas interconectadas* en todas las direcciones. La sociedad es, pues, una totalidad compleja e integrada. No se trata —empleando la terminología kantiana— de un *compositum* o *totum syntheticum* sino de un *totum analyticum*. Por lo tanto, cuando se discierne lo *económico*, sólo es lícito hacerlo *analíticamente*, pues de lo contrario se incurriría en una reificación.

En segundo lugar, el autor —basándose en autores como Godelier y Mann— distingue las *funciones* de las *instituciones*. En las socie-

²⁹ Más abajo, el autor hace la siguiente aclaración: “Las fuerzas productivas no son cosas aisladas, elementos atómicos. Las fuerzas productivas se tornan *reales* (y no meramente *potenciales*) por medio de relaciones definidas. Un martillo no es una fuerza productiva (real) hasta tanto no sea empleado por un operario. Las fuerzas productivas, pues, tienen carácter relacional” (Petruccielli, **Materialismo...**, op. cit., p. 194).

³⁰ Petruccielli también advierte al lector que el término marxiano *Produktionsverhältnisse* (“relaciones de producción”) es sumamente ambiguo a causa de su polisemia. En sentido muy amplio, alude a todas las relaciones económicas que conforman la estructura material de la sociedad; en sentido menos amplio, excluye a las relaciones de distribución; y en sentido restringido, excluye no sólo a las relaciones de distribución, sino también a las relaciones de trabajo, convirtiéndose por lo tanto en un sinónimo de “relaciones de apropiación”. De más está decir que esta ambigüedad ha generado infinidad de malentendidos y diálogos de sordos.

³¹ Petruccielli, **Materialismo...**, op. cit., p. 190.

³² Petruccielli justifica esa tesis con un argumento muy convincente: a tal punto consideraba Marx que lo verdaderamente esencial del capitalismo era la relación trabajo-capital, que definió como igualmente *capitalistas* a dos formas tecnológico-organizativas tan diferentes como la manufactura y la gran industria.



dades precapitalistas es harto frecuente que las funciones económicas estén enmarcadas en instituciones “no económicas” o, mejor dicho, en instituciones que están muy lejos de poder ser reducidas a tales funciones (por ej., la Iglesia medieval, las *poleis* griegas, los ejércitos de ocupación, el mecenazgo renacentista, los clanes de la vieja Escocia, el vasallaje feudal, las misiones jesuíticas, la guerra de corso, las fundaciones piadosas del Egipto faraónico, la *minka* incaica, etc.). Ahora bien: de esto no se deduce que lo económico tenga, en las sociedades precapitalistas, una importancia menor, marginal, sino que no existen instituciones *específicamente económicas*. Lo económico *en sí* —esto es, las funciones económicas, que no son otra cosa más que las relaciones de producción en sentido muy amplio (relaciones económicas o estructura económica)— mantiene, hechas las debidas matizaciones, su primacía.

Y en tercer lugar, Petruccelli defiende la primacía de las relaciones de producción sobre los antagonismos de clase. Lo hace con un argumento muy simple, pero, sin embargo, generalmente pasado por alto. En todas las sociedades existen relaciones de producción, pero no en todas hay división de clases; no en todas, las relaciones de apropiación tienen carácter de *explotación*. A la luz de la evidencia histórica, se constata que mientras la producción material es universal, la estructura clasista —aunque muy extendida— no lo es.

* * *

En el capítulo VI el autor aborda varias cuestiones de relevancia. La primera de ellas es la problematización del concepto de *propiedad*. En efecto, este término tiene una fuerte connotación jurídica, y, como se sabe, el derecho forma parte de la superestructura y no de la base material. ¿Significa esto que Marx, al priorizar tanto en sus análisis el régimen de propiedad, traicionó sin darse cuenta su materialismo? En absoluto. Como bien explica Petruccelli, hay un sentido técnico o legal de la palabra “propiedad”, y un sentido lato o genérico, que es el de *posesión*. Cuando Marx hablaba de propiedad, estaba refiriéndose no solamente a la propiedad *strictu sensu* sino también a formas jurídicas “débiles” (como el arriendo, la *enfiteusis* romana, el *feudo* y el *manso* medievales, la *merced de tierra* hispanocolonial, etc.) e incluso fácticas de posesión (consuetudinarias o ilegales). Para salvar este inconveniente, el autor prefiere hablar de *relaciones de apropiación* en lugar de relaciones de propiedad.

La segunda cuestión que se examina es la del *Estado*. Petruccelli critica la idea muy extendida según la cual dicha institución es de carácter puramente *superestructural*. En virtud de los impuestos, los empréstitos, el gasto fiscal, la inversión pública, la acuñación de moneda, la política cambiaria, las empresas públicas y otros mecanismos, el Estado —señala el autor— “está parcialmente integrado en la economía de una sociedad”³³. Por lo tanto, su grado de autonomía relativa respecto a las clases sociales depen-

derá, en buena medida, de su fortaleza y autarquía económicas (otros factores condicionantes son la política interna y la coyuntura internacional).

La tercera problemática que se analiza es la de *género*. También aquí nuestro autor advierte un malentendido muy común: el de homologar el reduccionismo de clase con el materialismo histórico. Esta corriente de pensamiento no es para nada homogénea. Y si es cierto que una parte del marxismo otorga la primacía explicativa a la lucha de clases —algo que, sin duda, conlleva el relegamiento de las mujeres y la invisibilización de la opresión masculina—, también es verdad que otra —en la que se inscribe Petruccelli— prioriza las relaciones de producción, y las relaciones de producción abarcan no sólo las relaciones de clase, sino también las de género. Así como el Estado no es puramente superestructural, tampoco el patriarcado lo es. Ambos tienen fundamento *material*. Ambos *participan* de la estructura económica de la sociedad. Ahora bien: decir que el patriarcado detenta importantes funciones económicas, no quiere decir que sea una institución económica (tiene también un carácter gentilicio, religioso, político, etc.), ni que la opresión de género se reduzca a su faceta económica (puede ser también sexual, cultural, política, religiosa, etc.).

Sí se puede sostener, en cambio, que la dimensión crucial o fundamental del patriarcado es la *material* —siempre y cuando se tenga el cuidado de incluir en ella, aparte de la producción económica, la *reproducción biológica*, cuya importancia no siempre es debidamente valorada por los marxistas—. Dicho de otro modo, la opresión masculina está *determinada* (condicionada primariamente) por las relaciones de producción y reproducción. Queda, no obstante, un punto por dilucidar: ¿cuál es, en concreto, el fundamento material *económico* del patriarcado? Petruccelli, siguiendo a la teórica feminista Iris Young, considera que es *un tipo especial de relaciones de trabajo*: la llamada *división sexual del trabajo*, la especialización laboral de los géneros por mandato social.³⁴

Pero, ¿qué hay de las relaciones de apropiación? El autor nos responde: “hay situaciones —históricamente más bien extrañas— en las que quizás la opresión de la mujer no tenga que ver tanto o solamente con la división del trabajo sino también con las mismísimas relaciones de *apropiación*”³⁵. Y luego le concede a Ste. Croix que uno de esos raros casos sería el de la Grecia antigua. Discrepo totalmente con Petruccelli en este punto. A mi juicio, lo que él considera una rareza histórica, para mí es un *denominador común* de casi todas las sociedades patriarcales. La desigualdad abismal entre los sexos en materia de derechos patrimoniales y sucesorios, la inclusión de la mujer (hija o cónyuge) dentro de la *patria potestad* del varón (padre o marido), la subordinación de las viudas al poder tutelar de un pariente varón, la institución de la dote, la inhabilitación profesional y comercial de la mujer, etc., son fenómenos harto frecuentes en la historia. Por esta razón,

³³ Petruccelli, *Materialismo...*, op. cit., p. 204.

³⁴ De allí —comenta el autor— que en las sociedades “primitivas” patriarcales existan tabúes que prohíben a las mujeres practicar la caza. Y de allí también que, en las sociedades industriales modernas, las mujeres hayan visto mejorar su condición a medida que se incorporaban al mercado de trabajo.

³⁵ Petruccelli, *Materialismo...*, op. cit., p. 211.

considero que la base material del patriarcado está conformada —amén de por las relaciones de reproducción y de trabajo— por las *relaciones de apropiación*.

Sí coincido con Petruccelli en que la propuesta de Ste. Croix de considerar a las mujeres como una clase es inconveniente. Pero sólo parcialmente coincido con las razones que el primero esgrime, que son las de Perry Anderson. Es cierto que la división sexual del trabajo tiene un importante componente *reproductivo* que vuelve a la categoría de género irreductible a la de clase. Pero el argumento de que las mujeres no son una clase porque su trabajo no es productivo ni genera un excedente, me resulta discutible. Labores como el tejido, la molienda, el ordeño o la avicultura, por caso, no tienen nada de improductivas cuando sus productos engrosan el tributo en especie que la familia campesina le entrega al señor feudal; y todas ellas son labores que solían hacer las mujeres. Ejemplos como éste se podrían citar muchísimos más.

Otra cuestión que el autor aborda es la de los pares conceptuales *estructura/superestructura* y *ser social/conciencia social*, señalando que no son homologables. Por una parte, la estructura económica es sólo *una* de las dimensiones que constituyen el ser social —aunque la más gravitante—. Y por otra, no toda la superestructura está subsumida en la conciencia social —lo ideológico y lo jurídico caben dentro de lo simbólico, pero lo político sólo parcialmente—.

Luego de dedicarle algunas páginas a la discusión teórica con Eduardo Sartelli —en las que vuelve a confrontar su modelo PRP con la concepción tecnologizante— y la reivindicación de la teoría de Brenner sobre la transición al capitalismo, Petruccelli se pregunta: “¿Pero qué explica a las relaciones de producción?”. La respuesta es tan escueta como controvertida: “Pues bien, las relaciones de producción imperantes en una sociedad en un tiempo determinado se explican principalmente por las relaciones de producción *precedentes*”³⁶. Escueta porque lamentablemente el autor no la desarrolla, apenas si la esboza. Y controvertida porque así como existen numerosos ejemplos históricos que la avalan, también existen muchos otros que la ponen en jaque. Si, por caso, la generalización del colonato tardorromano puede explicarse a partir de la crisis del esclavismo precedente, la implantación de la encomienda en América durante el siglo XVI no podría atribuirse a las relaciones de producción prehispánicas sino al hecho mismo de la Conquista. Otro tanto podría decirse de la introducción del feudalismo en la Inglaterra medieval o la reducción al ilotismo de los mesenios por parte de Esparta. En todos estos casos —y podrían citarse muchos más—, las nuevas relaciones de producción tienen un carácter *exógeno*. Son básicamente el resultado de una guerra y no de una dinámica interna ligada a las relaciones de producción.

Lo anterior demanda, a mi juicio, la siguiente reflexión: plantear que el devenir histórico está “determinado” (condicionado primariamente/limitado y presionado) por estructuras económicas

altamente estables cuya sucesión sólo *en algunos casos* se presenta como “necesaria” —es decir, como el resultado de la lógica interna de dichas estructuras—, implica una teoría de la historia con un *coeficiente de “contingencialidad”* considerable. Y esta constatación abre las puertas a otra no menos importante: en los momentos históricos de crisis y transición estructurales (las *condiciones iniciales altamente sensibles* de las que habla la teoría del caos), la lucha de clases (*pequeñas variaciones no tan pequeñas a largo plazo*) puede arrebatarle a las relaciones de producción su primado (*efecto mariposa*). Desde luego, esto no refuta el modelo PRP. Sólo lo matiza y flexibiliza.

En el tercer apartado, Petruccelli analiza las controvertidas categorías de *clase* y *lucha de clases*. Luego de recordarle a sus lectores que dicha controversialidad se debe en buena medida al hecho de que Marx nunca llegó a teorizar *in extenso* sobre ellas, y que no es partidario de su reificación —una tentación muy corriente en los medios militantes—, el autor fija tácitamente su posición respecto a la crítica culturalizante de E. P. Thompson al enfoque estructural de Althusser. Concordando con Ste. Croix, propone armonizar dichas posturas en vez de enfrentarlas, ya que, desde un punto de vista lógico, no hay ninguna razón por la cual la noción *objetiva* de clase (lugar en la estructura económica, ubicación en el entramado de relaciones de producción) excluya la *subjetiva* (identidad cultural colectiva fraguada “experiencialmente” en la lucha de clases). En este sentido, el planteo de Petruccelli se vería favorecido si evocara la clásica distinción marxiana entre clase *an sich* y clase *für sich* (“en sí” y “para sí”). Por otro lado, y también en coincidencia con Ste. Croix, el autor concibe la lucha de clases como una dinámica social animada por *la explotación* y *la resistencia a la explotación* (“resistencia” en el más amplio de los sentidos: desde el trabajo a desgano hasta la rebelión, pasando por el sabotaje y la huelga), entendiendo que solamente en algunos casos entraña conciencia de clase y acción política colectiva. Y desde esta cabeza de playa, combate con éxito las posiciones anticlasistas weberianas de muchos historiadores especializados en sociedades precapitalistas (el helenista Finley por ejemplo), que, confundiendo la parte con el todo, creen refutar al marxismo demostrando que las “clases” (*conscientes*) y la “lucha de clases” (*política*) son extrañas a su objeto de estudio.

En el cuarto párrafo, Petruccelli vuelve a defender el materialismo histórico de quienes lo tildan de “economicista”. Pero esta vez la argumentación no apunta a demostrar que el sambenito del reduccionismo monista es un mero espantajo, sino a una razón epistemológica más general.

El problema no es refutar o criticar al economicismo; el problema consiste en proponer una concepción de la sociedad y de la historia capaz de competir ventajosamente con él. Porque sean cuales fueran los defectos y falencias de las concepciones economicistas [“duras” y “blandas”], resulta indiscutible que, cuando menos, dotan al investigador de un criterio orientador para decidir por dónde comenzar una investigación, y para discriminar lo relevante de lo irrelevante. Es cierto que los economicistas suelen concluir sus investigaciones donde quizás haya que comen-

³⁶ *Ibid.*, p. 229.

zarlas, que sus criterios para discriminar la relevancia factual pueden ser equivocados o insuficientes, y que muchas veces no son conscientes de las dificultades de su teoría. Pero una mala teoría es mejor que la ausencia de teoría. Sin ninguna concepción teórica, huérfano de toda construcción hipotética, el investigador está condenado a sumergirse en un mar de datos, hechos y documentos a los que no sabe qué preguntar, es incapaz de jerarquizar, ni sabría cómo ordenar. Sin una base teórica sólo puede ser portador de los más sencillos prejuicios de su sociedad.³⁷

Otro lugar común que el autor desmiente es que Marx, al postular una *legalidad tendencial* de carácter general u omnihistórico —la primacía de *lo material* y el dinamismo de *lo social*—, haya negado la existencia de legalidades tendenciales intrahistóricas o particulares, circunscritas a contextos societales específicos. Lo uno no excluye lo otro. Recuérdese en este sentido que Marx fue muy insistente y lapidario en sus críticas a los anacronismos teóricos (“robinsonadas”) de los economistas clásicos, siempre propensos a la abstracción deshistorizante; y que era plenamente consciente de que cada modo de producción tiene sus propias pautas ecológicas, demográficas y económicas.

El quinto apartado está dedicado al análisis crítico de las categorías alternativas a la de clase (*grupos de estatus*, *estamentos*, *órdenes*, *castas*, etc.). En este cometido, Petruccelli acude nuevamente a Ste. Croix, a quien cita *in extenso*. Las objeciones del historiador británico son las siguientes: 1) los grupos de estatus y otros afines resultan, en su factura teórica, un tanto endeblés y difusos; 2) suelen carecer de una *vinculación orgánica* entre sí y entrañan más bien una yuxtaposición, por lo que son más descriptivos que explicativos; 3) los ordenamientos estamentales existen objetivamente, y se debe ponderar su gravitación, pero de ningún modo excluyen ni relegan la división y el conflicto de clases; 4) si en el análisis histórico se privilegia dichos ordenamientos *estáticos* de la sociedad en desmedro de la división y el conflicto *dinámicos* de clases, buena parte de los procesos históricos quedarían inexplicados (el organicismo, como ideología, puede explicar la continuidad; pero no puede explicar, subrepticamente transmutado en teoría científica, el *cambio*; y la historia, se sabe, *también* es cambio).

Una quinta objeción que acotaría, basándome en Marx y su concepto de *ideología*, sería la siguiente: así como es mala psicología juzgar a las personas en base única a lo que creen y dicen de sí mismas, obviando lo que efectivamente hacen, es mala sociología hacer lo mismo con las sociedades. Que las fuentes primarias concernientes a una sociedad pretérita determinada den por sentada, naturalizándola, la exclusividad o la supremacía de cierto ordenamiento estamental, no significa que el historiador deba hacer otro tanto. Georges Duby, al que nadie podría acusar seriamente de “obcecación marxista”, supo distinguir perfectamente entre el imaginario medieval de los tres órdenes (*oratores*, *bellatores* y *laboratores*) y la dura realidad feudal de las dos clases (señores y cam-

pesinos). Prescindir de la pregunta *Cui bono?* es un lujo que ningún historiador verdaderamente crítico puede darse.

Los detractores de la categoría de clase alegan también —y esto es algo que Petruccelli omite tratar en su libro— que es un grave error asimilar ciertos grupos sociales con las clases. Un ejemplo típico serían los esclavos del Imperio Otomano, pues —se podría argüir— ¿qué semejanza económica puede haber entre un opulento y poderoso eunuco y un desgraciado galeote? Otro ejemplo sería el de los negros en la Sudáfrica del *Apartheid*. Identificar a ese grupo racial con la clase obrera sería un error, ya que no todos eran asalariados. Ahora bien: lo que resulta decisivo en este punto son las *proporciones*. El meollo del asunto no es determinar si la estratificación por estatus o la segregación racial se superponen o no con la división de clases, sino *cuánto* se superponen, o sea, cuál es el grado de divergencia. Los esclavos privilegiados del Imperio Otomano y los sudafricanos negros de clase media durante el *Apartheid* eran un porcentaje ínfimo. Su existencia no desautoriza el análisis de clases; sólo lo matiza. Porque todo conocimiento científico comporta cierta cuota de simplificación. La ciencia nunca puede ser *la realidad misma*. Producir teoría social no significa clonar la sociedad *tal como es*, sino describirla y explicarla *en sus líneas maestras*, y ello implica una *selección y jerarquización* de la evidencia en función de una hipótesis previa. No es regodearse con las excepciones sino calibrar su importancia. Y por sobre todas las cosas, discernir *tendencias* más o menos *generales*.

En el párrafo final del capítulo VI nuestro autor examina una cuestión tan delicada y candente como la de la presunta *primacía* de la categoría de clase respecto a otras alternativas como las de género, etnia y raza. En vistas a validar dicha primacía, el autor pasa revista a diversos argumentos sugeridos por el sociólogo marxista Erik O. Wright. El primero de ellos, asociado al determinismo tecnológico, es que las relaciones de clase, en virtud de su conexión privilegiada con el desarrollo de las fuerzas productivas —a través de las relaciones de producción—, gozan de un “*plus*” *en términos de dinamismo y direccionalidad*; pero como Petruccelli rechaza la tesis del desarrollo (no así Wright, que la considera decisiva), descarta de plano ese argumento. El segundo argumento es que las relaciones de clase son las que tienen mayor *impacto sobre la existencia y conciencia* de las personas; pero tanto el sociólogo estadounidense como nuestro autor desestiman esta opción por juzgarla demasiado subjetiva y elusiva, y por ende, inadecuada para orientar la indagación científica. Y el tercer argumento es que los movimientos sociales no clasistas dependen de la lucha de clases; pero ambos lo objetan arguyendo que, de forma simétrica, los movimientos sociales clasistas dependen de las luchas no clasistas, con lo cual la situación sería de paridad.

Prescindiendo ya de Wright, Petruccelli acaba afirmando que la primacía de la opresión de clase sobre las restantes (masculina, étnica, racial, imperialista, etc.) se debe a su imbricación con la estructura material de la sociedad, a su conexión íntima con las relaciones de producción. En el caso del racismo, la xenofobia y el imperialismo, es evidente que, si se considera puramente su dimensión cultural, el clasismo lleva las de ganar. Desde luego, aclara el autor,

³⁷ *Ibid.*, p. 233.

esas tres formas de opresión suelen tener un alto contenido económico; pero cuando es así, resulta muy arbitrario diferenciarlas de la opresión de clase, de la que podrían ser en realidad —aunque nunca totalmente— sus máscaras ideológicas.

Harina de otro costal es el patriarcado, pues el autor admite que participa de la estructura económica. Pero como se ha indicado anteriormente, para Petruccelli dicha participación es menor, pues sólo abarca las relaciones de trabajo, sin alcanzar lo que para él es el núcleo de la base material, a saber: las *relaciones de apropiación*. Dado que, por razones ya expuestas, considero que el patriarcado sí alcanza ese núcleo, que sí participa de las relaciones de apropiación, juzgo equivocada esta vía de argumentación en favor de la primacía de la opresión de clase. Fuera del hecho *cuantitativo* de que ésta afecta más vidas humanas que la opresión de género (*grosso modo*, 90% contra 50%) no vislumbro ningún otro argumento para sostener la primacía de una sobre otra. Pero en ese caso, habría que sopesar las relaciones de reproducción, y ello, sin duda, tendería a contrarrestar dicha primacía, aunque no veo el modo de saber cuánto. Estimo, por ende, que el problema permanecerá irresuelto. De cualquier modo, como bien señala Petruccelli,

Cuando se discuten cuestiones referidas a las clases sociales y a la situación de las mujeres o de cualquier grupo social oprimido, las dimensiones *explicativas* y *evaluativas* suelen confundirse. Por ello habría que despejar una habitual confusión. Son cosas diferentes la *importancia explicativa* atribuida a un fenómeno para entender el desenvolvimiento social, y la *percepción subjetiva* o la *valoración moral* que de él hacemos. Cuando los marxistas decimos que son las relaciones entre las clases las que más influyen en el desarrollo social a largo plazo, no estamos diciendo que las clases oprimidas sean más oprimidas que otros grupos sociales (como las mujeres o los inmigrantes); ni tampoco que el sufrimiento de estos últimos sea menor. [...] No existe ninguna necesidad evidente o lógica que haga que la liberación racial deba marchar de la mano de la transformación de la estructura de clases, y viceversa. Para los socialistas, desde luego, la convergencia de estos dos procesos es un anhelo basado en consideraciones éticas (se debe luchar contra cualquier tipo de opresión) y políticas (la causa socialista se ve potencialmente favorecida si logra incorporar demandas específicas de diferentes grupos); pero nada garantiza que marchen necesariamente juntos. El argumento de que las luchas de las etnias oprimidas o de las mujeres requieren de la transformación de la estructura de clases para triunfar es sencillamente falso. El nexo entre socialismo y liberación sexual o racial no es algo necesario: depende de opciones políticas. La convergencia es posible, mas no inevitable; y el triunfo de cualquiera de estos movimientos puede ocurrir sin el triunfo de los otros (y aun a costa de ellos).³⁸

³⁸ *Ibid.*, pp. 213 y 248. La historia abunda en ejemplos de dicha divergencia. Tómese por casos a la descolonización de Posguerra, en la que muchos movimientos de liberación nacional (el Congreso Nacional Indio por ej.) desligaron su antiimperialismo del anticapitalismo, y al *civil rights movement* de la minoría afroamericana estadounidense en los años 60, cuyo antirracismo fue mayormente ajeno al clasismo obrero.

Fuera de las serias dudas que abrigo respecto a la primacía de las relaciones de clase sobre las de género, en todo lo demás estoy de acuerdo. No estarlo sería incurrir, pienso, en la falacia denominada *argumentum ad consequentiam*. Demostrar la inconveniencia política de una afirmación no es demostrar su falsedad lógica.

Como el espacio apremia y nunca he sido demasiado afecto a las recapitulaciones, daré conclusión a este extenso artículo con un puñado de muy breves y no siempre hilvanadas reflexiones que, no obstante, confío le servirán al lector para ampliar un poco más sus horizontes de comprensión en relación al autor y su obra.

Materialismo histórico: interpretaciones y controversias de Ariel Petruccelli y su modelo PRP representan un invaluable aporte no sólo a la teoría marxista de la historia y la sociedad, sino también a la teoría de la historia y la sociedad *a secas*. La clave de esta empresa intelectual radica en una *profundización* de la relectura de Marx iniciada a fines de la década del 70 por el marxismo analítico. Profundización digo, y no cambio de paradigma, pues no hay ruptura epistemológica. El autor se mantiene fiel en todo momento a las tradiciones teórico-metodológicas más caras de una escuela que tanto ha abrevado en la filosofía analítica anglosajona: extremo rigor intelectual, claridad expositiva, espíritu crítico y ese celo antimetafísico y deshegelianizante por el cual el Grupo de Septiembre decidiría jocosamente autodenominarse *non-bullshit marxism*. Profundización decía, y no mera reiteración, porque Petruccelli, en confrontación con el determinismo tecnológico de Cohen, desarrolla con solvencia un modelo macroteórico de amplísimas miras basado en la primacía de las relaciones de producción.

El autor logra, con su modelo PRP, dar coordenadas bastante precisas a esa trascendental pero elusiva frase con que Marx inició **El 18 brumario de Luis Bonaparte**, y que he citado al comienzo del presente escrito. Las “circunstancias” de las que hablaba el pensador germano son fundamentalmente las *relaciones de producción*. Éstas no anulan la actuación de las clases sobre el telón de fondo de la historia. Tampoco le imponen un libreto fatalista donde se reservan para sí el omnímodo y onnipotente rol de *deus ex machina*. Pero sí la proveen de un *escenario* que la condiciona fuertemente (límites y presiones).

El modelo PRP, no obstante su alto nivel de abstracción y generalización, carece de excesos especulativos y rigideces esquemáticas, exhibiendo un grado satisfactorio de flexibilidad y ductilidad empíricas. Más teoría, pero también *mejor* teoría.

Descubrí en la *marginalidad* académica del autor otro ejemplo más de la creciente —y nunca suficientemente protestada— divergencia entre las figuras del intelectual clásico y el *homo academicus* posmoderno. La especialización sin contrapesos, la decadencia del ideal humanístico de la *cultura general*, la pulverización del objeto de estudio, la devaluación de la síntesis, la hipertrofia de la descripción, la recusación de la teoría y el desinterés por el



debate, tornan más actuales que nunca las acerbos críticas que Ortega y Gasset, hace más de ochenta años, dirigiera a lo que llamó, sin reparos, *la barbarie del "espacialismo"*.³⁹

A quienes no conociendo aún la producción teórica de Petruccelli, juzguen temerarios los elogios que le dispense, sólo puedo sugerirles que la conozcan, y que no minimicen el influjo sutil que suele ejercer sobre la intelectualidad de nuestro país esa forma tan perniciosa de acriticidad que es la fascinación por lo foráneo. Aunque a algunos que hacen del hábito una virtud les parezca lo contrario, la teoría de la historia no está vedada a la *intelligentsia* argentina.

Sería por demás fructífero que el autor incursionara en el campo de la *sociología histórica*. Al hacerlo, pondría a prueba el modelo PRP más ambiciosamente, y así lograría enriquecerlo, desarrollarlo, rectificarlo, ilustrarlo... Y también difundirlo entre los historiadores, sociólogos y antropólogos, ya que la sociología histórica está más cerca de su práctica investigadora que la teoría general de la historia y la sociedad. De hecho, ya empezó a recorrer ese camino al redactar el capítulo III, que no en vano se titula "Puesta a prueba de la teoría: decadencia y caída del mundo antiguo".

Por último, es digno de destacar el empeño que el autor pone en comprender y comunicar con ecuanimidad, profundidad y fidelidad el pensamiento de sus adversarios; en evitar las logomaquias estériles; en polemizar sin chicanas, respetando a rajatabla el *fair play*, sin espantajos ni sambenitos de por medio; y en cultivar la *bona fides* hermenéutica. Digo que es digno de destacar porque en el campo intelectual marxista de Argentina, al que el autor indudablemente pertenece, todos esos males abundan. Quienes valoran el materialismo histórico y se sienten agobiados por esa malhadada costumbre de convertir automáticamente la disidencia teórica en defección política y el debate de ideas en una caza de brujas, se sentirán reconfortados al leer la obra de Ariel Petruccelli.

Resumen:

En **Materialismo histórico: interpretaciones y controversias**, el intelectual marxista argentino Ariel Petruccelli se empeña a fondo en la tarea de desarrollar aquel *modelo PRP* (modelo de la primacía de las relaciones de producción) que esbozara hace 14 años en su **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia**. Recién con esta ambiciosa sistematización macro-teórica, toda una rica vertiente de la historiografía marxista que, profundamente disconforme con el encorsetamiento del evolucionismo tecnologizante, tampoco se sentía del todo cómoda en las aguas del indeterminismo "luchista" y/o culturalista, estaría en condiciones de revertir finalmente su cuadro de anemia teórica. El desafío asumido por el autor es el superar una tradición anquilosada de agobiante rigidez (el

marxismo de la *primacía de las fuerzas productivas*), sin caer en el extremo opuesto del empirismo cultivado tanto por cierta historia militante como por los *cultural studies* a lo Raymond Williams y Edward Thompson (marxismo de la *primacía de la lucha de clases*). O sea, no menos teoría, sino mejor teoría. Una teoría que tenga un alto nivel de abstracción, sistematización y generalización, al mismo tiempo que un respetable grado de flexibilidad empírica. El modelo PRP de Petruccelli reúne ambos requisitos: amplitud de miras y ductilidad.

Palabras clave: Marxismo; materialismo histórico; teoría de la historia

Abstract:

In **Materialismo Histórico: interpretaciones y controversias** [Historical Materialism: interpretations and controversies], Argentine Marxist intellectual Ariel Petruccelli devotes his best efforts to developing that *PPR model* (primacy of the production relations) that he sketched some 14 years ago in his **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia** [Essay on the Marxist Theory of History]. Only now, with this far reaching macro-theoretical systematization, a whole rich trend within Marxist historical studies —both in deep disagreement with the strictures of the technologically minded evolutionism and uncomfortable in the waters of the struggle-oriented and/or culturalist indeterminism—, could finally be in good shape to get over its situation of theoretical weakness. The challenge the author has faced is that of overcoming a tradition paralyzed by an overwhelming stringency (the *primacy of productive forces* Marxism), without falling on the opposite end, i.e., the kind of empiricism practiced by certain militant historiography as well as by the so called cultural studies, such as in the cases of Raymond Williams and Edward Thompson (*primacy of class struggle* Marxism). In summary, not less theory, but better theory instead. A theory that has a high level of abstraction, systematization and generalization and, at the same time, a good deal of empirical flexibility. Petruccelli's PPR model meets both requirements: a wide scope and ductility.

Key words: Marxism; historical materialism; theory of history

³⁹ Ver José Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1995 (1929), cap. XII, p. 154